

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

Núm. 38.

Sevilla.—Viernes 15 de Febrero de 1901.

AÑO XXV.

Pensemos en mañana

Son tantos y de tal naturaleza los materiales acumulados, que por todas partes surgen nuevos conflictos y amenazan peligros mayores.

A las huelgas de Gijón y de los empleados del ferrocarril del Oeste, ha sucedido la huelga de cocheros de Madrid, que es de trascendencia suma en los actuales momentos, y dará carácter a los movimientos que sucesivamente se observan en la villa, donde se celebra el matrimonio de la sucesora del trono.

El ministerio se habrá declarado en huelga en estos momentos, dejando el paso a otros que, a la altura que han llegado las cosas, no será el ministerio de las ceremonias nupciales, pero será el gobierno de los enterradores. Gobierno de duelo y de muertes, que no tendrá otra misión que labrarse su propia fosa para enterrarse en ella con todo el régimen.

Ni cesarán las algaradas, ni se restablecerá el orden, ni se tranquilizarán los espíritus, porque, subsistiendo la causa, no es posible pensar que cesen los efectos.

España ha despertado de su letargo de muerte y quiere ser libre, y se redimirá y lo será, apesar de todos los que se opongan a su voluntad, y saltando por encima de los que tratan de neutralizar este gran movimiento de opinión con cataplasmas que ni curan, ni siquiera paralizan los progresos del mal y los efectos de la dolencia, cuando ésta ha invadido todo el organismo. Y no nos hagamos ilusiones, ni fien los hombres políticos a paliativos lo que solo la cirugía y el fuego pueden resolver. Es necesario un remedio heroico. Hay que acudir a medios extraordinarios por procedimientos también extraordinarios, haciendo conocer al pueblo los recursos con que se cuenta y el pensamiento de las soluciones que han de plantearse inmediatamente.

Ciertas conjunciones son hoy imposibles, porque no pueden ver juntos el pasado y el porvenir, y si en los momentos de las fiestas por consideración al espléndido anfitrión y por mútua cortesía, pueden escucharse frases de concordia, acentos de solidaridad, está el diablo a la puerta, y con su sagaz ahogo desvirtúa y deshace todos los buenos propósitos.

Pero aun suponiendo el concierto, éste no puede establecerse más que sobre algo muy accidental y secundario, y aquí lo que se necesita es destruirlo todo, crear nuevos intereses y procurar el arraigo de todos, absolutamente de todas las instituciones liberales.

Sería poco la expulsión de los jesuitas y su aniquilamiento, porque, subsistiendo el régimen que los patrocina, se volverán a entrar por nuestra casa, uno a uno y sin escándalo, hasta que hubieran ganado nueva fuerza y arraigo de nuevo, cosa no difícil, porque tienen muchos cómplices y muchos devotos, y el primer devoto el régimen.

No basta con que vayamos derechos a un Gobierno que jure ante el Rey, porque siempre estará en tela de juicio la libertad, otorgada con benevolencia y sin garantías, no como un derecho, sino por virtud de una gracia. Ni el presupuesto disminuido puede ser tampoco suficiente porque el gasto no se puede rebajar sino en apariencia.

El alzamiento nacional, que todavía no ha revestido los caracteres de una revolución violenta, porque no es más que el prólogo del gran suceso, quiere algo más hondo y trascendental, necesita y demanda algo definitivo y estable, que no se puede resolver sino a virtud de radicales transformaciones, de reformas efectivas garantizadas por la integridad de los principios y de los procedimientos de la democracia pura, sin mixtificaciones ni atenuantes, sin componendas ni convencionalismos.

Pensando en mañana, tenemos que discutir de los que, con muy buena intención sin duda, pero desconociendo en absoluto el verdadero estado del país, tratan de ciertas aproximaciones de elementos irreconciliables, porque les separa el abismo de los principios y el muro infranqueable de sus pecados y de sus compromisos; y el pueblo, que está demostrando que ha llegado a la plenitud de sus facultades, y que tiene suficiente conciencia de sí mismo, y se da exacta

ta cuenta de su fuerza y de su razón, ya no pasa por componendas que no le satisfacen, y que sabe que son un nuevo engaño para mañana.

El pueblo pretende instituciones nuevas que restauren la paz, el honor y la dignidad de los ciudadanos; que se implante un régimen de justicia, aboliendo todos los privilegios, y que el trabajo sea la mejor recompensa y el título más glorioso de los ciudadanos; y las componendas con los que prestan acatamiento y rinden el espino a los poderes actuales no son buena recomendación en este caso.

Y quiere un programa en el que se consiernen todas las libertades, se consiernen todos los derechos y sea eficaz la justicia.

A. A.

Murmuraciones

Ayer, en Sevilla, hubo sus pinitos de motín... pero no ha pasado nada.

Las ideas de los manifestantes, ó de los revoltosos, ó de los guasones, no eran malas.

Viva esto y viva lo otro... pero todos coincidían en una voz muy simpática: la de—¡Mueran los jesuitas!

Sobre este punto no había discusión.

He dicho que nada ha pasado, y lo voy a demostrar.

La turba, ó las turbas—porque en esto hay distintas opiniones—han ejecutado lo siguiente:

1.º Han gritado—¡Viva la libertad!

2.º Han roto todos los cristales que encontraban a su paso, lo mismo los cristales republicanos que los cristales monárquicos; porque, al pasar por la calle en que están situados nuestros talleres y Redacción, a la vez que dieron vivas a nuestro periódico, arrojaron una peladilla a una de las ventanas, entrando por el cristal, rompiéndolo y manchándolo...

3.º Se dirigieron a la calle Albarada, en donde los frailes carmelitas, ó serapios, ó lo que fuere, están levantando un hermoso edificio. Saltaron las tapias con la mayor habilidad, y surtiéndose allí de palas, picos y azadones, se dirigieron a la casa contigua, llamada Convento de San Buenaventura, y comenzaron a hacer esfuerzos para derribar las puertas. Dale que le da, abrieron dos boquetes, y al sentir el vaho que de adentro salía, se retiraron, coincidiendo su retirada con la llegada de la policía, que veía a paso prudente y sin ganas de armar bronca.

4.º Allá va la nave... ¿quién sabe do va? Enseguida se fueron hacia la calle de Jesús del Gran Poder, y la emprendieron con la casa de los jesuitas. Estos estaban escondidos por parejas en casa de sus respectivas madres, rogando a Dios porque las llamas del incendio en perspectiva no alcanzaran gran incremento. Dicha calle de Jesús del Gran Poder ha quedado sin Poder, sin Jesús, sin faroles y sin piedras.

5.º Ya de retirada por el barrio de San Vicente—porque la lluvia reaccionaria insistía con civildad en disolver a los manifestantes—parece que, como entretenimiento, desarmaron a varios serenos, convirtiéndose aquellos en guardias nocturnos sin sueldo.

6.º El señor Gobernador civil dictó órdenes terminantes para que el negociado de Higiene castigue con la mayor severidad—y en dinero por supuesto—á las mujeres de vida airada, que son la causa principalísima de los alborotos ocasionados.

Como hay censura extremada, de la Corte no nos llegan más noticias que las que la censura pasar deja.

Pero se sabe, seguro, que se ha casado Caserta, y que dijo sí en el acto con coraje y con gran fuerza. Marchóse el Caserta padre de noche y entre la niebla, diciendo:—¡Qué gran triunfo para la familia entera!—Lleva las orejas gachas, pero la bolsa repleta, y el ánimo enfurecido, porque no se va... ¡lo echan! Celebrado el acto, todo vuelve á ser calma serena: los frailes, á sus conventos, los dineros á la Iglesia, el obispo á su palacio, y el labrador... á la tierra, y el industrial, á su industria, y el siervo vil de la gleba, á captar su mansedumbre al rumor de sus cadenas...

Pero, en fin, de todo esto saco yo una consecuencia:

¡No está del todo perdida en España la vergüenza!

**

El Sr. D. Antonio Grilo (de oficio poeta), va á ocupar el puesto que ha dejado vacante en la Academia D. Ramón de Campoamor.

¡Lo mismo da!

Entre uno y otro no hay diferencia alguna... —¿Y qué diferencia hay entre uno y otro poetas?—preguntará algún grilista de esos que saben de memoria *Las ermitas de Córdoba*, esa memez bien rimada.

Verá usted; no hay otra diferencia que la siguiente:

D. Ramón de Campoamor, excelente hablista, hacía versos con talento y sin pasar la cuenta.

Y D. Antonio Grilo, hablista vulgarote ó adocenado, hace versos sin talento y pasando la cuenta enseguida.

Lo mismo da llamarse Campoamor que Grilo.

Como si dijéramos: Ugarte y Cánovas. O... Azcárraga y Prim.

**

Dice *El Noticiero* de hoy:

«Esta tarde, al transitar por la calle de Jesús del gran Poder Francisco Diaz Quintana, de 45 años, sufrió un síncope, cayendo al suelo sin sentido. Entré varios transeúntes fué conducido á la casa de socorro próxima, donde, al reconocerlo el médico de guardia, aquél había dejado de existir.»

¡Qué mala pata tiene esta calle desde que la rotularon como quisieron los jesuitas!

Muertes repentinas, riñas, pedreas, incendios frustrados, asilo de beatas inválidas, centro de conspiraciones jesuíticas... ¡la mar de desdichas!

**

El diario del Sr. Arzobispo de Sevilla dice en su editorial:

«Canalejas en el Congreso, *Electra* en el teatro... la fiera en la calle.

¿Es esto lo que se buscaba?

Pues adelante con los faroles. No nos arremamos; así como así, más valen las situaciones definidas y claras. Que veamos el enemigo de frente. De este modo, si Dios quiere que seamos mártires, lo seremos; pero no sin antes luchar con la revolución impía.»

Seor zampartortas, ¿qué catolicismo, ni qué cristianismo es ese?

Fijese en esas palabras que escribe, en las que se rebela contra Dios.

Si Dios quiere que seas mártires—¡que Dios no se mete en esas cosas!—no hay más remedio, como buen creyente, que agachar la cabeza y sufrir por Dios.

Pero sin disparar la carabina, porque entonces no se es mártir, sino asesino.

**

¡No hay que llorar, mujeres de Jerusalén!

Quiero decir: No lloréis por la princesa, sino por vuestras hijas.

Leed:

«La reina ha entregado á la princesa de Asturias 9.873,015 pesetas con 45 céntimos en metálico, correspondiente á su legítima paterna, con los intereses, según consta en las capitulaciones matrimoniales.»

Por mucho que suba el pan y que suban los rábanos, ¡hasta treinta y ocho millones de reales y el sueldo corriente no llegará!

¡Me parece!

CARRASQUILLA.

Murió el poeta

(En la sentida muerte del inmortal Campoamor.)

I

Murió mi poeta un día de invierno, en que al sol eclipsaron las nubes y los montes las nieves cubrieron. Día triste en que el pueblo gritaba, de sangre sediento, libertad y justicia clamando, las que el monstruo negro le robara al labrar su desgracia y martirio intenso.

Murió mi poeta un día muy triste del mes de Febrero, cuando en germen vivían las flores, los arroyos, asaz turbulentos, sembrando á las gentes furiosas que corrían justicia pidiendo y exterminio sin tregua y ruina para el monstruo negro. Un día muy triste del helado invierno, en que hasta las aves quedaron mudas y las nubes cubrieron los cielos.

II

¡Ayl murió el poeta, el poeta tierno que infundió tanto amor en las almas, derramando á la vez el veneno de la duda, de amargas verdades, de infinitos duelos, con gracia intuitiva, con arte supremo, convirtiendo el acibar en mieles, en dulce ambrosía la hiel de sus versos; unas veces llorando las dichas, otras veces las penas riendo... Siempre, siempre amante, siempre, siempre tierno.

III

Murió cuando en germen vivían las flores, un día de invierno, en que España lloraba su suerte, su martirio intenso, libertad y justicia clamando, y exterminio y ruina pidiendo, para el monstruo infame, para el monstruo negro; cuando hasta las aves quedaron mudas y las sombras cubrieron los cielos; y el sol, eclipsado, lloraba su muerte, y la pena anegaba mi pecho.

JOSE MUÑOZ SAN ROMAN.

Hombres y árboles

La nación española no representa ciertamente el aspecto de kábila con pretensiones, de que la calificara Moreno Nieto. Más justo sería compararla con una manada, con un inconsciente rebaño de borregos. Toda la actividad nacional, como la marcha de estos cuadrúpedos, tiene en cada día una orientación sola, una dirección única. No se obedece aquí á modas espirituales, no; es que la gente tira siempre hacia donde suena el cencerro director. Así se da el caso de que nos preocupemos una barbaridad, durante una temporada, de esto ó aquello, y que muy luego pongamos el trascendental asunto en el olvido perpetuo. El espíritu nacional, como el burro de Burriánu, morirá de hambre por no dividir su pesebre. Recordemos, si no, lo pasado con la repoblación forestal, que tanto dió que hacer en no lejanos días.

Nuestra riqueza forestal no es ya más que un recuerdo, dijese entonces, y la culpa de la tala de los montes tiénela exclusivamente la ignorancia y barbarie de los pueblos, que no han sabido nunca, los muy brutos, lo que les conviene. Las imágenes de la calvicie de los montes y el aspecto desolado de los campos de arena sedienta de la Mancha, recorrieron las columnas de los diarios hasta dejar en ellas estereotipado el oportuno cliché, que faltaba para este asunto importantísimo.

Desde el árbol de Güernica, hasta la fiesta modernísima de algunos pueblos que llevan á sus escolares á plantar, en festival alegre, un arbolito que cuidará el niño, todo nos fué recordado por croniqueros elegantes y gacetilleros humildes, y hasta de los ayuntamientos ciudadanos y rurales salieron sueltos oficinescos dando cuenta de la preocupación que en el ánimo de los usas causaba el hondo problema.

No he de criticar yo aquellos tardos ardores en pro de la riqueza perdida; me pareció muy bien que los periodistas defendieran la virginidad de los montes y que los Ayuntamientos acogieran la idea con *idílico* entusiasmo... pero ¿por qué había de ser el pueblo quien pagase las ajenas culpas? ¿No creéis que el pueblo merece que le defendamos, ya que es el único que tiene fé en nuestros relatos y que todavía no ha intentado protestar de hecho contra la prensa?

La tala de los montes no la han hecho los pueblos. En la provincia de Málaga, y en la de Cuenca y en la de Santander, tras el hacha del leñador ha estado la sombra inviolable del cacique, que por actos de química macabra ha sabido convertir, á la vez, los troncos en traviesas de ferrocarril y en votos mercenarios.

La ley es igual para todos. Pero desde que hemos hecho el maravilloso descubrimiento de que tiene espíritu y de que no se debe atender á la letra, sino á la intención oculta del legislador, la espada de la justicia, cuando no es puñal de saltador de caminos, es arista quebrada que

